



NÚM. 176

BARCELONA, 20 SEPTIEMBRE 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

LA MALDAD TRIUNFANTE



En una de las provincias catalanas y en lugar alejado de la costa, allí donde el carácter de los habitantes vislumbra ya los austeros matices de la rigidez aragonesa y donde el suelo comienza á dilatarse en monótonas llanuras que anuncian y preludian las estepas del centro de España, existía un pueblo de más de cien vecinos llamado Capdevila, asentado sobre un terreno blando y arcilloso que recalándose con las lluvias del invierno, hacía el caserío inaccesible, como un bote abarrancado en un fangar.

Para abastecer al pueblo y exportar sus productos luchaban improbatamente los arrieros con aquella tierra absorbedora y reblandecida, enemiga de todo movimiento y que detenía hombres y caballos y los aprisionaba como raíces para darles la fría estabilidad de las plantas.

Cada paso dado por aquellos caminos vecinales, desde que asomaban las nubes de otoño, era causa de luchas titánicas y constituía una victoria lograda contra aquella sábana verdosa tan hurafña y tan agrícola que solo admitía en ella la vida vegetal; el estático existir y el pausado crecer de las plantas.

Durante muchos meses del invierno se hallaba el pueblo en incomunicación completa: los arroyos desbordados le cercaban y la tierra esponjosa y ávida abría un abismo á cada paso y se adhería después al pie fatigado, que con esfuerzo se arrancaba de ella; de suerte que en tal época se carecía en el pueblo de las cosas más necesarias para la vida y los productos del suelo se pudrían almacenados en las trojes como células corrompidas de un tumor que no pueden entrar en las arterias de la gran circulación de la patria.

De Capdevila á Val de San Dionís, villa importante con amplia carretera, había solo cuatro kilómetros de distancia; hubiera sido, pues, fácil construir una vía firme de uno á otro pueblo, si los habitantes de Capdevila no hubiesen estado divididos en dos bandos, mejor dicho, en dos familias separadas por enconados odios, llamadas los Garrigas y los Fontanas, que alternaban en el mando y gobierno de la villa abusando sucesivamente de la autoridad de su poder para fastigarse y zaherirse.

Cansados de implorar, en vano, la protección oficial y compadecidos los habitantes de Val de San Dionís de la situación angustiosa de sus vecinos, les propusieron que ellos construirían dos kilómetros de la carretera á condición de que el vecindario de Capdevila se comprometiese á construir los otros dos que faltaban para enlazarse.

Tal proposición fué aceptada con júbilo en Capdevila; hubo un momento en que los Fontanas y los Garrigas aplacaron sus odios y se unieron gozosos en la aspiración común de la vida; se abrió una suscripción entre todos los vecinos y las dos familias enemigas rivalizaron en aportar mayores sumas, siendo en esto vencedores los Garrigas porque eran los más numerosos aunque no los más ricos, y, en fin, se reunieron en las arcas municipales más que sobrados fondos para emprender la obra codiciada.

Los Fontanas, que á la sazón constituían el Ayuntamiento, iniciaron el replanteo de la carretera; los de Val de San Dionís, pueblo muy rico, dieron á la obra impulso verdadero y en pocos meses ter-

minaron el trozo que les correspondía, pero los Garrigas, recelando mucho, y con razón, de la moralidad de los Fontanas, les llevaban con tal exactitud los gastos hechos, los carros de firme y grava, las peonadas invertidas, etc., etc., que resentidos los del Ayuntamiento y amoscados porque no podían sustraer ningún fondo sin que se hiciera público, determinaron suspender las obras diciéndoles los Garrigas que ya que tanto les celaban, eran ellos capaces de justificar con los menguados gastos hechos la inversión del total de los fondos reunidos.

Los Garrigas, que ya estaban resentidos porque no habían empleado en la construcción de la carretera ni a uno solo de sus parientes, al ver aquel brutal cinismo, la malversación de su dinero y el malogro de su empresa, se amotinaron en la plaza de Capdevila, á la sombra del gran paredón del castillo feudal, ya derruido, y á grandes voces pidieron que mataran al tío Ambrosio Fontana, que era el Alcalde y cabeza de su bando.

Salieron á la calle el alguacil, el regidor síndico y el secretario para aplacar los ánimos, y al ponerse en contacto con los Garrigas aquella representación de sus rivales, de los insultos pasaron á las obras, y el regidor, que era un Fontana, quedó muerto en la plaza con el vientre abierto de un navajazo.

Encerráronse mal parados en el Ayuntamiento, el alguacil y el secretario con el alcalde, que por la rendija de una ventana había estado presenciando la refriega, en tanto que los Fontanas se reunían en la casa de labor del tío Ambrosio, confiados en la impunidad que les daba la vara de su pariente, porque sobre ser el alcalde era el hombre más rico del pueblo y á todos los tenía á su servicio.

Eran los Fontanas mucho menos numerosos que los Garrigas, pero en cambio eran gente más brava y más dura y que tenían menos que perder.

En cuanto se vieron reunidos quince ó veinte y se comunicaron el peligro en que se hallaba el tío Ambrosio cercado por sus rivales, se dirigieron á su bodega y le consumieron buena cantidad de vino, para cobrar alientos, y una vez enardecidos con el mosto y desatado el freno á los brutales instintos, se lanzaron á la calle armados de escopetas, de navajas, y de hachas y cayeron sobre los Garrigas como furias del infierno.

Más de ocho hombres quedaron tendidos en la plaza delante del Ayuntamiento: entonces el tío Ambrosio se resolvió á disparar su pistola oculto tras un balcón del edificio, el alguacil salió con el sable en la mano dispuesto á defender á los suyos; las mujeres y los hijos de los Garrigas cruzaban por las calles del pueblo dando gritos de espanto y de venganza; la consternación fué horrible; los hombres se acechaban como fieras y se temían unos á otros sin atreverse á salir de sus casas y al fin, la guardia civil, atravesando desde Val de San Dionis aquellas hondonadas de fango y de cieno, consiguió restablecer la paz material acabando de dominar á los Garrigas á quienes presentaba el alcalde como turbas sediciosas que atentaban contra la autoridad y la ley.

El diputado del distrito, que á la sazón se apoyaba en los Fontanas, consiguió con su influencia que sobre el crimen y la matanza recayese la impunidad, dando mayores bríos al delito, y entonces, los Garrigas, vencidos, desesperados, temerosos, sin fe en la justicia humana, sintiendo que bajo sus pies faltaba el inexcusable fundamento de la vida social, vendieron al tío Ambrosio sus fincas rústicas por lo que quiso darles y unos se dirigieron á Torroja, otros á Novella, muchos á Val de San Dionis, esparramándose por los pueblos próximos y llevándose de sus casas puertas, rejías, ventanas, vigas, y cuantos elementos de construcción pudieron sacar para edificar nuevas viviendas; y algunos de ellos, avergonzados de ser españoles y deseando satisfacer la sed de justicia que es el agua del alma, emigraron á Argelia, ó la República Argentina donde pudieran zafarse de la inmundicia podredumbre de un país corrompido.

El aspecto que hoy ofrece Capdevila causa en el alma impresión de honda amargura y de patriótico desaliento. En medio de un fangar inmenso y llano, interrumpido por suaves lomas, donde el ver



doso trigo muere á expensas de parásitos yerbajos llenos de tristes flores, se levantan montones de ruinas en medio de las cuales alza sus muros la gran casa de labranza del tío Ambrosio Fontana, que vive á la sombra del castillo feudal ya derruido, como heredero de aquel poder absoluto que antes levantaba inmensas legiones enardecidas con el amor á la patria, que hoy alienta solo con el egoísmo criminal y grosero que no ama nada, que no quiere nada, que no respeta nada más que la satisfacción de sus inmundas hambres logradas á expensas de todos los crímenes cometidos con la más feroz impunidad. Y allí, triste, viejo, pálido, encorvado, rugoso, pasea el tío Ambrosio entre sus criados su avarenta mirada como la imagen siniestra de la maldad triunfante.

RAFAEL TORROMÉ

EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS EN BARCELONA



CRUCERO ACORAZADO ESPAÑOL «CARLOS V»

Monta 4 cañones de 15 centímetros, que se cargan por la recámara; 6 de 12 centímetros, de tiro rápido; 4 de 76 milímetros, id., id.; 14 de 57 y de 37 id., id., y 4 ametralladoras.

A la una y media de la tarde del 11 echó anclas en este puerto, procedente de Marsella, el crucero italiano *Liguria*, al mando del príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzzos, hijo del que fué rey de España don Amadeo I.

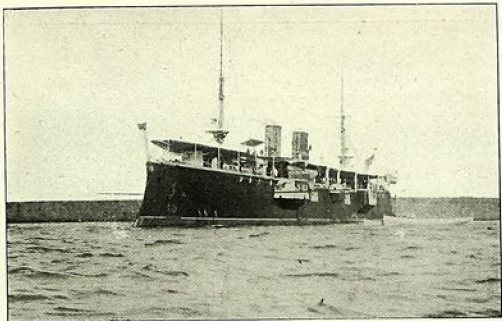
Después de haber fondeado el buque pasaron á bordo á saludar al intrépido marino y sabio explorador los comandantes de los cruceros *Carlos V* y *Rio de la Plata* y del cañonero *Hernán Cortés*, así como varios jefes de la Comandancia de marina y el cónsul de Italia.

El *Liguria* es un crucero no acorazado, del tipo «Dogali» y casi igual al «Gallia», «Elba», «Etruria», «Lombardia», «Piamonte», «Umbria» y «Príncipe di Napoli».

Fué botado al agua en 1893. El casco es de acero, y mide 80 metros de eslora, 12 de manga y 5 por 100 de puntal, desplazando 2 300 toneladas. La fuerza de sus máquinas es de 7,670 caballos indicados, desarrollando una marcha de 19,5 millas por hora.

Tiene dos hélices, y sus carboneras pueden contener 500 toneladas de combustible, suficiente para un radio de acción de 10,000 millas.

El puente está protegido por una cubierta acorazada de 51 milímetros.



CRUCERO ESPAÑOL «PRÍNCIPE DE LA PLATA»

sonales, no han dejado de implicar, y sin duda así lo reconocerá el ilustre príncipe, como un cariñoso recuerdo á la memoria de su padre, y en este sentido las habrá apreciado, sin duda, en su nada común inteligencia. Disipadas las prevenciones y extinguidos los apasionamientos se ha hecho plenísima justicia á las cualidades del noble, generoso y caballeresco duque de Aosta, y no hay quien de la razón á aquel politicastro que en el banquete de la *Villa de Madrid* dijo de Amadeo, elegido para ocupar el trono de España, que era un rey «que nos lo merecíamos.» El pueblo, sí, lo merecía, pero tuvo harta razón, reñiriéndose á él y á sus compinches de á bordo. No se merecía aquel rey la comparsa política que entonces *cortaba el bacalao*; valía infinitamente más él que los que le trajeron (pues no hay que olvidar que había muerto el gran Prim).

¡Pobre Amadeo, y más digna de respetuosa piedad aun su santa esposa! Con que gentes hubo de gobernar! Su ineptía solo era comparable con su ruindad. Había, por ejemplo, un estúpido gobernador de Madrid que, fiel intérprete de los *derechos individuales*, sabía que se debía atentar contra la vida del rey, y en lugar de evitarlo, dejaba á los criminales que lo intentaran, no creyéndose autorizado á detenerlos hasta después que hubiesen disparado los trabucazos.

Cuenta con espolón y 3 tubos lanza-torpedos.

El ilustre príncipe, como es sabido, nació en Madrid poco antes de la abdicación de su caballeroso padre, y cuenta por lo tanto 29 años, que no se podrá decir hayan sido desaprovechados.

Después de honrar con su visita al Ayuntamiento se dignó aceptar la invitación que se le hizo de festejarle con una gira á Vallvidrera, mostrándose muy agradecido á la cariñosa acogida que en todas partes le ha dispensado el público.

Estas manifestaciones, aunque exclusivamente per-



CRUCERO ITALIANO «LIGURIA»



Ernesto Hildebrandt: LA MUJER DE TARQUINO



El pueblo está situado en el falda de un montecito; en todo él no se ve un árbol ni una mata verde; solo crecen unas mieses ralas y desmedradas que tienen que nacer entre guijarros alimentando sus raíces en un puñado de tierra arenisca y pobre.

El pueblo es de poco vecindario y de muy escaso caserío. Las casas tienen los muros hechos de adobes y el piso de las habitaciones es de tierra. Los hombres y las mujeres tienen la cara tostada; también parecen hechos de tierra.

Siguen al pueblo unos prados verdes y dos hileras de álamos que bordean el río, un río de cauce estrecho y profundo pero que lleva poca agua en verano.

El agua es sucia y caliente; de sus beneficios solo gozan los prados y los árboles; los hombres no pueden beberla porque es caliente como el caldo y tiene mucho limo.

Después de los prados, después del río y de los prados de la parte de allá del río se extienden las tierras de labor que suben la loma de otro montecito, y la cima, que está como á una media legua del pueblo, cierra el horizonte.

El lugar es pequeño y sus límites, como ya se puede apreciar por lo dicho, tampoco son muy extensos.

..

A este pueblecito castellano llegué yo á mi salida del seminario encargado interinamente de su parroquia.

La iglesia es pequeña, sus muros son de piedras sillares en parte y en parte de mampostería.

En la parte fachada tiene una espadaña y sobre la espadaña un nido de cigüeñas.

El altar mayor es sencillo, y todo su adorno consiste en flores de trapo á las que el polvo de muchos años da apariencias de mistias.

La pila bautismal, grosera en su forma y por manos torpes tallada, está á mano derecha de la puerta al lado de la del agua bendita.

El sacristán es el maestro de escuela, un hombre alto, flaco, seco, huesudo, con cara requemada de color de tierra como todo lo que aquí hay y existe.

El manda barrer la iglesia una vez al año, por pascua florida, ó antes si hay peligro de visita episcopal.

Los domingos, cuando digo la misa mayor, me contesta desde los pies de la iglesia cantando al son de un órgano que no se como vino á parar aquí. Es un órgano que tiene su leyenda; dicen que lo ofreció un reprobó que en esta iglesia se convirtió de nuevo á nuestra santa religión.

No existen documentos que lo acrediten, por tanto yo nada aseguro sobre el caso.

La casa del párroco está adosada al muro de la iglesia que da al mediodía. Se entra, y hay un portal con piso de tierra; á la mano derecha hay una puerta que da á mi cuarto; en él tengo la cama, una mesa, un sillón y un estante con libros, mis libros del seminario; en frente de mi puerta hay otra que da á la habitación de la señora Saturia mi ama de llaves.

Una mujer vieja, seca, espartosa, con la cara arrugada como una castaña pilonga y de color de tierra como todas las caras de aquí.

A un
y el gal

Por
lavo, m
rijo cas
llamo á

Prim
patos de
de paño
veludill
otra y o

Digo
ras y vu
el temp

Tom
galliner
donde f
saluda,

La cu
diodia.

—Señ
llaves,—

Voy
cojo la
cho cui

las man
dad es e
seminar

zos... l
plato de
aparo la

Dios; en
siesta...

Pasa
cristán
de la qu

Una
bre.

Otra
Una

Prim
Luego h

En v
vienen a

Caar
y gallo

Pasa
ayudar

vieja no
que hie

Y así

A un lado de la casa, lindando con el cementerio, que está á la espalda de la iglesia, tengo el huerto y el gallinero.

* *

Por la mañana, cuando raya el día, oigo el canto de un gallo, me despierto y salto de la cama; me lavo, me pongo el balandrán y el bonete; abro la puerta de la calle; abro la puerta de la iglesia; me dirijo casi á tientas á un rincón que da en frente de la pila bautismal, asgo la cuerda de la campana y llamo á misa á los fieles de mi parroquia.

Primero entra una vieja con su saya de paño que no le llega á los tobillos, calzada con gruesos zapatos de punta cuadrada y medias de algodón gordo de color de plomo; viene tocada con la mantilla de paño negro con franjas anchas de veludillo; luego llega otra vieja, luego otra y otra, y así hasta siete viejas.

Digo mi misa; me quito las vestiduras y vuelvo á casa después de cerrar el templo.

Tomo el chocolate, paso revista al gallinero y salgo á la puerta de la casa donde fumo un pitillo; un vecino me saluda, le saludo; fumo otro pitillo...

La campana anuncia que es el mediodía.

—Señor cura,—me dice mi ama de llaves,—la sopa está en la mesa.

Voy á la mesa: la sopera humea, cojo la servilleta, me la coloco con mucho cuidado porque soy enemigo de las manchas, tomo la sopa, que en verdad es cosa rica: no se parece á la del seminario; luego me sirve los garbanzos... luego siempre hay algún otro plato de grato solaz para el estómago; apuro la tacita del café; doy gracias á Dios; enciendo un cigarro; duermo la siesta...

Pasa la tarde, y, cuando oscurece, veo llegar á mi buen amigo el albeitar, á mi subordinado el sacristán y al buen boticario. El ama enciende luz; sobre mi mesa se coloca una baraja... y hasta la hora de la queda en que cada mochuelo se va á su olivo.



Una ó dos veces al año entierro á un viejo. Es casi seguro que esto sucede en el mes de Diciembre.

Otra vez en el período de tiempo caso á una pareja.

Una vez cada dos años bautizo á una criaturita recién nacida.

Primero me chocaba que los bautizos fueran en menor número que las bodas y las defunciones. Luego he caído en la cuenta de que los muertos no se llevan á la inclusa.

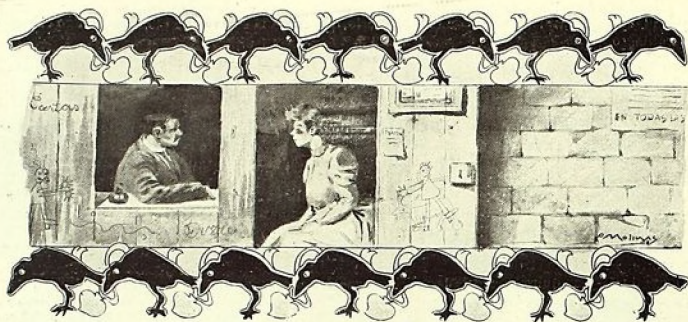
En verano es la fiesta del pueblo: en ese día hay gran función de iglesia. De los lugares próximos vienen á ayudarme varios colegas.

Cuando termina la ceremonia religiosa nos trasladamos mis colegas y yo á mi casa; allí hay arroz y gallo muerto. Al final de la comida se brinda por todo lo honesto... y por todo lo alto.

Pasa el verano y cuando apuntan los fríos, una noche en que huela me despiertan; hay que ir á ayudar á bien morir á una vieja, á la que siempre entra la primera en misa. Total una falsa alarma: la vieja no se muere y queda con vida para el año siguiente para despertarme también en una noche en que hiele á canto seco.

Y así un año y otro, y otro, hasta treinta que hace que ejerzo la cura de almas.

TOMÁS CARRETERO



EL ESCRIBIENTE

I

¡Pobre Alfredo! Parecía que la desgracia, ese hado invisible que trastorna todos los planes del hombre más audaz, ese fantasma misterioso que ahoga en germen las ilusiones más lisonjeras, le había hecho objeto de sus terribles preferencias, presidiendo todos sus actos.

Dotado de un alma noble y generosa y de una inteligencia nada vulgar, inutilizó no obstante tan bellos dones dejándose llevar de su ardiente imaginación que soñando sin cesar con fantásticos ensueños le hacía abstraerse por completo de este prosaico planeta.

Todo su encanto era vagar á la pálida y plateada luz de la luna por frondosos valles, á orillas de murmuradores arroyuelos, y demás zarzandjas por el estilo.

En una palabra: era un *romántico* tan exagerado que escuchó con verdadero horror el consejo que le dió el honrado oficial de cordelería que le había dado el ser, de que aprendiera dicho oficio.

Su padre apeló á todos los medios, á la amenaza, al ruego, pero nada consiguió.

Su vida entera la reconcentró en Emilia, una linda vecina que tenía pálida la carita, azules los ojos y rubios los cabellos; en resumen, ésta *batía el record* del idealismo, á lo que contribuía además el *violento círculo* de rigor.

Pero no era en realidad lo que su fisonomía denotaba, pues así como Alfredo la amaba con todos los bríos del que es en una pieza joven y romántico, no así ella, que le consagraba un cariño sosegado, tanto que más parecía impulsado por la prudente Minerva que por el loquillo Cupido.

II

El idilio duró poco: su padre bajó al sepulcro, con la tranquilidad del justo, *llorándose*, como vulgarmente se dice, la *llave de la despesa*.

Su novia, cansada ya de su empalagoso romanticismo, le dijo con una encantadora franqueza que habían terminado, dándole la píldora con la consabida promesa de que no amaría jamás á nadie.

Alfredo creyó volverse loco: perdió de una vez padre, pan y novia, con lo cual lloró, se desazonó, enfermó y á tal punto llegó su palidez y demacidez que no le hubiese conocido su propio padre.

Desengañado aunque tarde de sus idealismos absurdos, pensó en ganarse honradamente la vida; pero vió que no sabía más que *amar y escribir*, cosas ambas, al alcance de todas las fortunas.

Y entonces comenzó la triste epopeya de la vida, en busca del trabajo que todos le negaban.

III

¡Quien es aquel joven pálido y enfermizo que colocado en su kiosco, escribe, escribe sin cesar? Es Alfredo que después de rodar por oficinas y escritorios, hizo con sus aborridos aquel kiosco, y allí está escribiendo majaderías é insolencias que le dictan domésticas, y horterías, y militares sin graduación, no excediéndose en la retribución, pues por cinco céntimos lo mismo le escribe á usted un memorial para un ministro que una declaración para una señora.

¡Cuántos matrimonios bien avenidos deben su felicidad más ó menos conyugal á aquel desheredado de la fortuna! y en cambio ¡cuántos casados, mal casados maldicen á aquella máquina viviente, á la que culpan de los múltiples arañazos con que sus suegras respectivas les han obsequiado!

Cierto día hallábase como de costumbre sentado en su desaseada silla, cuando una bella joven se presentó pidiendo sus servicios. Á su vista sintió que el corazón le latía apresuradamente y que parecía querer salirse del pecho; era ella, Emilia, muy *integrata* según él, muy *viva* según nosotros.

Alfredo creyó que le abandonaban las fuerzas; pero consiguió rehacerse y escribió con bastante serenidad pero con muy poca ortografía como verá el lector la siguiente misiva:

Cerido José: creo no dudarás de que siempre te ó cerido, pues as sido único hamor pero haora más qe nunca.

Vuaca pronto los papeles y díle á tu padre qe me pida á la tía.

Saves te ciere esta tulla.

Emilia Pérez

Escribió estos cortos renglones como un autómatas, pues su imaginación acariciaba hermosos ensueños; le parecía estar junto á ella, con la cual se paseaba á la sombra de *copuladas* y *seculares* encinas... etc.

Pero pronto volvió á la realidad y no vió nada, mejor dicho, vió su kiosco que parecía girar á su alrededor, y vió á Emilia que también giraba... sobre sus talones, dejándole una infima moneda, el precio de su trabajo.

¡Pobre escribiente! ¡Pobre Alfredo!

BENITO SANCHEZ ALONSO

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 38.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIblioteca ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

La curación de los callos quedó resuelta por fin con el magno callicida del doctor LADIVONSIM.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—Clientela.

Jeroglífico.—Antes que te cases, mira lo que haces.

CORRESPONDENCIA PARTICUlar

V. G. B.—Valencia.—A pesar de su sangriento desenlace el cuento resulta poco interesante.

Nirwana.—El sol acababa de ocultar sus rubios cabellos, por la faz de la ancha y espaciosa tierra, digo, cediendo el turno al as-



su	do	Al	me	-lir	do
con	el	la	-ta	-nes	-jo
-bre	-ya	-tra	-se	de	-di
-rio	con	hom	-cio	-res	si

SALTO
DE
CABALLO
POR
Novejarque

-to	-tro	-pó	-só	-gro	-to
la	un	lo	-je	-tó	-lo
-ción	-si	en	pro	ó	de
-di	-eje	de	un	ob	-lo



Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

VIRUTA

Un sabio se volvió loco, no por descifrar problemas sino por que le miraron los ojos de una morena.

M. PÉREZ SERRANO

GOTA

Si lo siente un alma pura es amor todo dulzura; mas debes tener presente que el menor inconveniente lo transforma en amargura.

M. PÉREZ SERRANO

JEROGLICO, por Novejarque

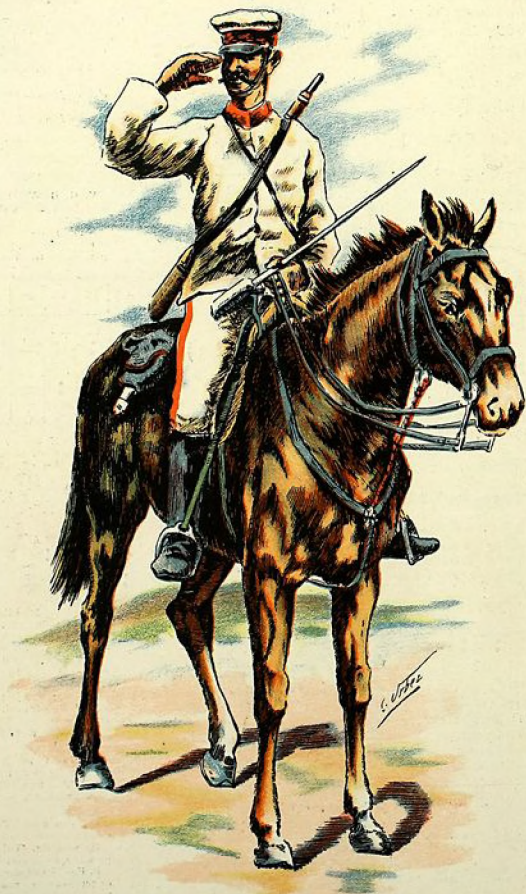


RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

JAPON



CABALLERÍA: SOLDADO EN TRAJE DE CAMPAÑA